

buen talle, para comprar como los demás. Estaba tras ella una mulata, y sobre su cabeza tendía el brazo con una cesta en la mano, dando voces que le echase el hombre de las guindas no sé qué tantas libras dellas para don Juan, su señor. La mujer le rogó algunas veces que no le diese en los hombros con la cesta, y que se fuese poco á poco; hasta que, de enfadada, viendo que proseguía con su priesa, le dijo, que no debiera:—«Teneos allá en hora mala y besadme vos y vuestro señor donde no me da el sol.» No lo dijo á sorda, porque en el mismo instante la mulata, que era rolliza, soltando la cesta de la mano, se abrazó con la moza y dió con ella en el suelo boca abajo; y, altas las faldas y descubierta el trasero, á vista de cuantos estaban en la plaza, le dió en él de uno en cien besos, teniéndola muy recio para que todos de espacio fuesen testigos del espectáculo presente. Y mientras la besaba decíala á voces:—«Mirad cómo os obedezco: ¿queréis que os bese más, ó en otra parte?» Soltóla al fin, más muerta que viva de vergüenza, porque la risa de todos y los motes que cada uno decía, bien puede imaginarse cuáles debieron ser. Ella, después que volvió en sí, daba llorando mil gritos:—«¡Justicia de Dios! ¡Perra mulata, el señor corregidor sabrá esta maldad, y te hará abrir á azotes!» Yo, que la vi caminar con mil muchachos detrás y aun con mil hombres, á casa del corregidor, apéome en el aire y doy la cabalgadura á un criado; y con mis botas y espuelas como estaba, voime en pos de ella por no perder tales toros. Entró dando alaridos, contó su desventura, de la manera que pudo; oyóla el corregidor muy mesurado, que era gran socarrón y muy discreto, que todos conocemos, porque nació y está en Sevilla. Consolóla, deteniendo la risa cuanto pudo, y prometiéndole que haría justicia. Yo, que era amigo suyo, volví á contar el caso á solas, desternillándonos de risa. Fuese á su juzgado de ahí á poco, y manda á un alguacil que le trajese la mulata. Pareció muy desventurada y alegre. Preguntóle el suceso, y ella, con suma brevedad, dijo desta manera:—«Señor, aquella buena mujer me mandó que la besase en donde no le daba el sol. Yo, como soy esclava, y he de hacer lo que me mandan, no pude dejar de obedecerla.» El corregidor no pudo disimular la risa; dijole que se fuese á su casa, y otro día no fuese tan obediente. Quedámonos todos riendo y celebrando la respuesta de la mulata; y yo, aunque perdí la jornada de aquel día, la dí por bien empleada á trueco de haber gozado tan gracioso disparate.

DON DIEGO.

Tan bueno es ese y mejor que el sartén de la otra.

LICENCIADO.

Díganos ahora el señor Galindo en qué ha empleado su vista, qué gusto le dió Dios para emplearla.

SEGUNDO MIRÓN.

De allí nos escurrimos paso á paso á la pla-

zuela que está á las espaldas de Santa Catalina, donde hay una imagen de la Virgen, que llaman *de las ánimas*, donde se suelen juntar seis ó siete, y aun ocho ciegos tal vez, y todos tienen que hacer lo más del día, según la devoción que tiene toda Sevilla á aquella imagen. Estando allí parados, vimos venir á gran priesa dos ciegos, el uno enfrente del otro; y como no se vieron, embistiéronse ambos y diéronse una gentil testarada. Acudió cada uno á guarecer su frente con las manos, diciendo el uno dellos:—«¡Válame Dios, señor! Parece que no ve. ¿Por qué no mira lo que hace?» El otro le dió la misma queja, diciendo:—«¿No tiene ojos en la cara? Débelos de tener en el colorrillo. ¿No mira cómo viene?» Rieronse todos de ver que cada uno pensó que él sólo era ciego; y ellos, de ahí á poco, rieron más que todos cuando cayeron en la cuenta de que ambos eran privados de la vista: que ciegos son ordinariamente advertidos y gente de donaire.

LICENCIADO.

¿No dije yo que el señor Camacho, con su buen gusto, había de haber recogido algo de bueno? Pase adelante, si hubo más.

SEGUNDO MIRÓN.

Tomaron sus puestos estos dos ciegos con los demás, que ya tenían los suyos; y mientras los unos rezaban y los otros pedían que les mandasen rezar, advertimos que tres de los que estaban más juntos, estando desocupados, se acercaban á hablar entre sí. Vínonos gana de escucharlos, porque de ordinario son sus conversaciones donosísimas. Pusímonos juntos y oímos que el uno dellos contaba á los compañeros la causa de su ceguera.—«Unas viruelas, decía, siendo yo niño de año y medio, me contaba mi madre, que sea en gloria, que me habían quitado la vista de los ojos. Y ¡qué ojos!, como dos estrellas juraba que eran.» Acudió el otro ciego, diciendo:—«Un gran corrimiento me cegó. Mandóme mi agüela, en una noche de invierno, que tomase la alcuza y trajese medio cuartillo de aceite de la tienda. Al ir fui muy alegre, cantando el romance:

Mira, Zayde, que te aviso...

que entonces dábamos en él, como en real de enemigos, los muchachos; y yo, que tenía un tripe como una chirimía, hundía la ciudad á voces. Compré mi aceite en la tienda; y á la vuelta, del sereno ó yo no sé lo que fué, no vía palmo de tierra. Cargóme un humor terrible sobre los ojos; llegué llorando á mi casa; mi madre, por ahorrar de dotar, trató con una vecina vieja, que decía sabía de ensalmos, que me pondría para atajar el corrimiento; hizo la vieja un emplastro. Ésta, por la mañana, me lo puso; y apenas eran las tres de la tarde, cuando cada ojo se me puso arrugado como una ciruela pasa. Quedéme hasta hoy á buenas noches.» El tercer ciego, dando de hombros y sonriéndose un poco, dijo:—«Pardiós, compadres, yo dí tanto á la bomba, siendo mozueto de veinte años, con ocasión de que un tío mío era padre de la casa, que poco á poco se me

fué la vista adelgazando, hasta que al fin me dejó á oscuras.» Entonces los otros dos compañeros ciegos, refregándose las manos y meneando las cabezas, dijo el uno lamiéndose los labios:—«Ese sí, cuerpo de Cristo, es cegar, que lo demás es burlería.» Y el otro:—«Diera yo otros dos ojos más de los que no tengo, por haberlos perdido en esa guerra.»

LICENCIADO.

¡Qué azotes en todos esos tres ciegos! Al tercero porque cegó de ese mal, y á á los otros dos, porque deseaban cegar de él. Los más dellos tienen de ordinario tan ruín vista interior como la exterior.

DON DIEGO.

Deben todos tener envidia al ciego de Lazzarillo de Tormes, y hacer honra de parecerle en las malicias y en la ruindad de las costumbres.

DON FRANCISCO.

Aquestos ciegucecitos tienen al diablo en la barriga, si dan en disolutos. Todos creo que conocemos á Briones, el ciego zurdo que está siempre rezando á la puerta de la capilla de los Reyes. Casóse este verano pasado con una hija de una tendera de verdura, gordísima, que está en la Costanilla, á quien por mal nombre llaman *la Melona*. No hubo acabado de tomarles las manos el cura la tarde de la boda, cuando el ciego dió priesa que se quería ir á la cama. La suegra y los demás convidados decíanle, para ponerle en razón:—«Señor Briones, adviérta que no son ahora más de las dos de la tarde; aguarde á que anochezca.»—«Señores, respondía el ciego, ya ha anocheado; para mí no hay día que valga, para mí todo es noche. No me cansen, que yo me he de ir á la cama.» Hubiérase salido con ello, si una desgracia que sucedió al mismo tiempo que él daba en esta porfía, no hubiera quitádole la gana. No la cuento, aunque es harto donosa, por no ser la más limpia del mundo.

DON DIEGO.

Don Francisco, contadla por vida mía, que no es tan sucia como eso; y el señor Licenciado y estos señores estudiantes personas son de palacio, y no hayáis miedo que se les caiga la cara de vergüenza. Estén vuestras mercedes atentos, y quéjense de mí si no gustaren de oírlo.

LICENCIADO.

Por mí, señor don Francisco, cuente vuesa merced lo que quisiere, que no tengo los tragaderos tan angostos que de cualquiera cosa cobre hipo.

DON FRANCISCO.

Pues que vuestras mercedes gustan dello, contarélo con perdón de sus tocas honradas, de la misma manera que el Briones nos lo ha contado muchas veces á don Diego y á mí, con harto buena gracia. Mientras estaba el ciego conquistando que se quería ir á acostar porque para él ya era noche, comenzó á sorber con las narices.—«¡Aquí huele mal, señores! ¿Qué es aquesto? Demándesele Dios y caramenta á

quien es causa deste mal olor.» La novia entonces dijo, plegando los labios con mucho mirlamiento:—«Yo fui, que me pif.» El ciego, cuando oyó esto, soltando á toda furia la mano de la novia que tenía asida para llevarla á acostar, púsose en pie hecho un tigre, pidiendo á toda priesa que se le diese su bordón, porque se quería ir y dar con él, antes de irse, cuatro palos á la bellaca de su suegra, por haber criado una hija tan gran puerca. Todos eran á trabajar por aplacarle. La pobre novia, que pensó que había dicho una muy gran discreción, lloraba hilo á hilo viendo cuán mal le había salido. Su madre, en lugar de consolarla, sacábale los ojos con los dedos:—«¡Cochina, deshonrabuenos, merdellona!, ¿dónde tenías el juicio cuando tal porquería te salió por esa boca de horno? Sí, que aquí donde estoy, rueda veces me ha sucedido otro tanto en una cuenta de amigos; pero he sabido disimularlo, de manera que á cualquiera de las otras se ha atribuido antes que á mí.» El ciego, por otra parte, no había sosegarse; hacía torerías y repetía mil veces:—«Yo fui, que me pif. ¡Oh, hi de puta, puerca! Vacíase más que una vaca, y dice muy repulgada:—Yo fui, que me pif.—Yo fui, que me cagué, ¡cuerpo de diez! era lo que la sucia había de decir. ¡Oh! reniego del diablo; y no hubiera esto acontecido dos ó tres horas antes, que primero me hubiera ahorcado de una viga que dado la mano á tan gran puerca.» Echando el ciego estos tacos y no queriendo ninguno darle el bordón que pedía, por miedo de que se fuese, arrojóse, sin ver lo que hacía, á la puerta del negro aposentillo, y por una escalearilla de palo que bajaba hasta la puerta de la calle, fué el pobre ciego rodando sin que hubiese quien le pudiese socorrer. Bajaron luego todos; y medio muerto trajéronle á la cama que tanto había deseado, de donde en más de mes y medio no pudo levantarse; y hasta hoy le han quedado reliquias de la caída, andando renco de una pierna que trae medio arrastrando.

DON DIEGO.

Yo siempre que le veo le digo, cayéndome de risa: «Señor Briones, he aquí dos cuartos y réceme la pasión del día de su boda.» Hácese un poco de rogar, pero al fin me la cuenta agraciadísimo. Y, entre otras cosas, me acuerdo que un día me dijo con mil sales: «Señor don Diego, por la muerte que Dios pasó, que aquella misma mañana de la boda fué imposible que la novia no se hubiese almorzado en la tienda de su madre una cuartilla de rábanos entera, con hojas y todo, según la he-dintina que salió de su cuerpo.»

LICENCIADO.

Mañana, en aquel día, iré á la Iglesia Mayor por sólo ver á Briones. No he oído en mi vida más agraciado disparate.

(Aquí entran otros dos cofrades, TERCERO y CUARTO MIRÓN.)

Ya me espantaba yo de que el señor Vozmediano y el señor Robles tardasen tanto en tomar puesto. Veamos las mercancías que nos

traen de su navegación. Saque las suyas á luz el señor Vozmediano, y luego el señor Robles descogerá las suyas.

TERCER MIRÓN.

Yo, señor, vengo asombrado de lo que hoy hemos visto y oído mi camarada y yo. Ambas las manos no me bastan para las cruces que me he hecho. Ibamos por la Cerrajería hacia la Iglesia Mayor (que fué el barrio que vuesa merced nos señaló), y al cabo de la calle estaba un frenero á la puerta de su tienda limando un freno de la brida; y el vestido con que estaba trabajando en una obra tan baja, no era menos que unos calzones y ropilla de terciopelado, medias de seda y ligas con rapacejos y una valona con puntas. Quedámonos atónitos mirando; y para más enterarnos de que en realidad de verdad era frenero y no visión la que víamos, nos llegamos á él; y con achaque de preguntar lo que podría costarnos un bocado para un potro que nos mandaban comprar de nuestra tierra, nos estuvimos mirándole un gran rato, alabando á Dios de que para un oficio, que de razón pedía un mandil, delante de badana, y un vestidillo viejo, de picote, llegase la disolución del tiempo que hoy corre á tal extremo que un oficial tan baladí estuviese vestido, mientras estaba trabajando con una lima en la mano, como pudiera estarlo un caballero principal el día de su boda.

LICENCIADO.

Ese es uno de los abusos vergonzosos que se han introducido en este pedazo de siglo en que vivimos. La poca de seda que se cogía en Granada ó en Murcia, y cuando más en Valencia, era sobrada muy pocos años ha para lo que en España se gastaba. Hoy, fuera de ésta, no basta toda la China ni las provincias de Italia á dar seda á la mano, según se ha hecho común. Y esto, tan diferente de lo que pasaba en tiempo de nuestros bisabuelos, que una condesa de Haro, fundadora ó aumentadora de la gran casa del Condestable de Castilla, cuenta su historia que si la visitaba un gran señor y le pedía que le dejase ver á dos hijas casaderas que la condesa tenía, salía primero la una sola al estrado con una saya de terciopelo verde liso, y habiendo estado un ratico, se volvía á entrar, y se vestía la otra la misma saya verde para salir á la visita.

DON FRANCISCO.

Ni más ni menos es eso que no haber casi en Sevilla mujer ordinaria de oficial que tenga cuatro blancas, que no ande por las calles con un manto de lustre, que cueste diez ducados; y muchos dellos con puntas, que cuestan dos y tres.

DON DIEGO.

No me ha espantado tanto eso, cuanto ver que esas mismas mujeres traen esos mantos en el riñón del invierno, cuando se hielan los pájaros, y cuando los hombres forramos los ferreruelos de paños con felpas y bayetas, y aún nos parece poco abrigo. Deben ser ellas más

calientes, y por lo menos son más animosas, pues no reparan en los mayores aprietos de fiestas ó júbilos, de entrarse con esos mantos de soplillo, á riesgo de que se rasguen, y aun de sacarlos hechos tiras, como les acontece muchas veces.

CUARTO MIRÓN.

Oigan, pues, vuestas mercedes más: lo que oimos, después que vimos. Esto contadlo, Vozmediano.

TERCER MIRÓN.

Dejamos la tienda del frenero; y entrando por la calle de la Sierpe, santiguándonos de lo que habíamos visto, encontramos con un amigo mío, mercader, que tiene tienda de sedas en la Alcaicería. Contámosle asombrados lo que nos acababa de pasar. Rióse y díjnos: —«¿Pues deso se maravillan? Aparéjense á maravillarse mucho más de lo que ahora les diré. No ha diez días ó doce, que un sábado por la tarde entró por la Alcaicería un ganapán con su madeja de cuerda echada al hombro, vestido de un cordellate basto, en el traje ordinario con que suelen andar los ganapanes. Llegóse á mi tienda y preguntóme si tenía unas medias de seda carmesí. Respondíle que no, pero que de otros colores las tenía. Replicóme muy sesgo que tenía medias de todos los demás colores, y que de aquel sólo le faltaban, y deseaba comprarlas. Quedéme asombrado, sospechando que se debía burlar; y con otros, á cuyas tiendas acudió hasta hallar sus medias coloradas, dí y tomé sobre la fanfarronería del negro ganapán, y concerté con no sé cuántos que el día siguiente, que era domingo, anduviésemos todos sobre aviso, y encontrarlo y averiguar si hablaba de veras ó burlaba. Muy pocas horas fueron menester para salir desta duda, porque el domingo, en la tarde, yéndonos paseando hacia San Diego, vimos de espaldas á un hombrón con unas medias de seda carmesí en unas piernas, con unas pantorrillazas que no cupieran aquí. Estaba con otros dos de su talle comprando un poco de turrón. Yo, en viendo las medias, dije al punto: «Que me maten si éste no es nuestro ganapán; porque unas medias coloradas con ligas de tafetán amarillo y rapacejos de plata en piernas semejantes, sólo un ganapán podía traerlas.» Dicho y hecho: llegámonos más cerca, mirámosle la cara, y reconocimos al punto que era él. Llevaba un calzón y jubón de raso azul, acuchillado y forrado en tafetán carmesí, porque dijese con las medias, con tres pasamanos anchos de oro falso, á lo que yo imagino; un coletazo de ante, con los mismos franjones de oro, espada y daga de ganchos plateada; un sombrero de ala con cairel y cordón de plata, y un ferreruelo de mezcla con tres fajas de raso azul. Dejónos como atónitos una extrañeza tan grande. Yo dije al que iba conmigo: «Para que éste se vista de esta suerte, ¿qué maravillas que por rodar una tinaja, ó pasar de un barrio á otro un cofre medio vacío, en menos de un cuarto de hora, quiera dos reales por lo menos?» Todo esto nos dijo el mercader, á quien se puede creer

seguramente, como á testigo de vista, porque ha días que le conozco, y afirmo que es hombre muy honrado.

LICENCIADO.

Bonísimo es todo esto para los duques de Medina Sidonia, que tienen hoy en los archivos de su casa una carta del rey Don Enrique, en que ruega á un conde de Niebla, antecesor destos señores, que se vaya á hallar en unas fiestas que se hacían en la corte, y encargóle para que sean más solemnes, que lleve su jubón de puntas y collar. No eran más que unas muestras angostas de terciopelo ó brocado en el cuello y bocamangas de un jubón, y lo demás era de lienzo ó de mitán. Y esta era gala tan notable, que se guardaba en una casa tan grande, para una fiesta tan recia como aquesta en que un rey pide que se saque este jubón para honrarla.

DON DIEGO.

Señor Licenciado, es tan cierto eso, que he oído decir que hasta hoy se guarda en la casa de Medina, como reliquia, aquese mismo jubón.

LICENCIADO.

Hacen muy bien en guardarle; y aún se había de sacar en procesión por España, y en especial por Sevilla, algunas veces al año, como fiscal y acusador de nuestras demasías.

TERCER MIRÓN.

Vuesa merced, señor Licenciado, no se pudra; y si quiere que se le pase la mohina, oiga á mi compañero, el señor Robles, lo que después desto vimos.

CUARTO MIRÓN.

Si vuesa merced gusta como yo de lo que ví esta mañana, esté sobre aviso, porque temo ha de mearse de risa. Vimos esta mañana á una vieja de más de sesenta y tantos años, con una cara de un mono, rubia y arrebolada y cargada de dijes, y novia, que es lo peor. Díz que es muy rica. Después de haber enterrado tres maridos, era el postrero boticario. Dejó un mozo rollizo que le servía en la botica; pagóse la vieja dél, porque debía de conocer bien los botes. Y á la mía fe, á pocos días de viuda, díjose por el barrio que con la mucha conversación habían venido en conocimiento de sí mismos: con que obligaron á un cura del Sagrario, hombre celoso y resuelto, á que les amenazase que avisaría al provisor, si no se dividían. La vieja, como cuerda, viendo que estaba ya medio casada en el envés, resolvióse en acabar de casarse en haz y en paz de la Santa Madre Iglesia. ¿Quiéren vuestas mercedes ver qué tal era la novia? Que habiendo ya dado el sí liberalísimamente, se volvió el cura que les tomaba las manos, en el umbral del Sagrario, y preguntóle al desposado si la quería por mujer; y antes que el mozo respondiese, díjole medio entre dientes, guiñando á la novia: —«Señor Lorenzana (que éste era el nombre del novio), mire bien lo que hace, por ser hoy *novio*, no diga después toda su vida que

no vid.» Con todo esto, como en el casamiento le iba al mozo no menos que la comida, dijo: *sz.* Y no lo hubo sacado por la boca, cuando el cura le preguntó medio asombrado: —«¿Y dícelo de veras? Allá lo verá: su alma en su palma.» Aquí la vieja no pudo más disimular; y vuelta al cura, le dijo: —«Señor licenciado, vuesa merced infierna su alma poniendo estorbos al sacramento del matrimonio. Ginés de Lorenzana lo tiene ya mirado demasiado bien. ¿De qué sirve turbarle la conciencia?» El cura, de socarrón ó de sencillo, le dijo muy á lo manso: —«Señora Luisa de Hoyos, yo no lo he dicho á malhacer, sino que como soy cura de almas, cumplo una de las siete obras de misericordia, que es dar consejo al que no sabe.» En esto ya se habían juntado más de doscientas personas, entre hombres y mujeres; y cuando se acabó la velación pasaban de quinientas, dándose de enviones las unas á las otras para acercarse más á verla. Entre otras, una mozueta, de harto buena gracia, poniéndosele delante, dió una grande risada por mano de pecados. Aquí la vieja perdió pies, y díjole hecha una sierpe de coraje: —«¿Qué mira la mondana? También yo fuí moza como ella, y mi zancajo valía más que su cara.» —«Y aún agora?» respondió la mozueta. —«Y aún agora debe ser harto más limpio que la suya, y de mejor parecer.»

DON DIEGO.

Eso que dijo esa vieja, de que también fué moza como esotra, no lo quiero creer, ni lo creeré jamás. No es posible, señor Licenciado, digan lo que dijeren, que una vieja desmolada pudo ser niña. Póngame á mí delante un poco de hierba ó de barro, de que se hace el vidrio cada día, y junto á él pónganme un vaso de Venecia, y díganme: «Esto se hace desto», y no lo extrañaré. Muéstrenme en una mano unos como granicos de mostaza, que es la simiente de la seda, y en otra un poco de raso ó de terciopelo, y díganme lo mismo: «Esto se hace desto», que no se me hará tan cuesta arriba el creerlo, como si me dicen que una vieja pudo ser niña en algún tiempo.

DON FRANCISCO.

Á mí poco me va en averiguar si fueron niñas ó no las viejas. Lo que yo tengo por cosa averiguada es que las niñas han de venir á ser viejas. Encima del corazón me hago cruces siempre que este pensamiento me viene á la memoria, porque no hay niña hermosa tan agraciada en mis ojos ni tan cortada á mi gusto, que el sólo imaginarla que ha de ser vieja algún día, al punto sea para mí un cántaro de agua que me hiele. Has de ser vieja: pues tengo asco de ti, por más niña que seas.

LICENCIADO.

Tema es éste que hemos tomado los hombres, no solamente con las viejas, sino á hecho con todas las mujeres, diciendo mal dellas á mía sobre tuya. De socarrones pienso que lo hacemos las más veces, por encubrir lo bien que las queremos. Un hereje llegó á decir, en

tiempo de San Agustín, que la mujer no fué criada á imagen y semejanza de Dios, como el hombre; y otro hereje pasó más adelante, hasta decir que las mujeres no fueron redimidas con la sangre de Cristo, sino los hombres solamente.

DON FRANCISCO.

Pienso yo que cuando dijeron esos herejes un disparate y mentira semejante, se les debió de venir á la memoria alguna vieja podrida, porque sin duda la vejez hace en cualquiera mujer tan grande estrago, que da ocasión á pensar si anduvo el diablo por allí, ó si es posible que de las manos de Dios saliese á luz un tan abominable humaracho.

DON DIEGO.

Yo, al menos, si quiero purgar hígados y redaños de una vez, no he menester más que enjuagarme los ojos en ayunas con la catadura de una vieja. Más efecto hará en mí esta unción, que dos onzas de escamonea ó de ruibarbo preparado.

DON FRANCISCO.

Á un mi amigo le oí decir una vez que quisiera ser Dios por una hora, ó que le diera sus veces, para torcelles las rabadillas, como á gatos, á cuantas viejas tiene el mundo, en comenzando á caducar ó á desmoronarse una mujer. «Vení acá, madre: vos sólo servís de embarazar. Alto, á la sepultura; torcelle la cabeza. Maldita sea de Dios la que me había de quedar.»

DON DIEGO.

No sé en qué reino de la India he oído decir que en todas plegarias y procesiones que hacen los de aquel reino á sus dioses, en sus necesidades, no permiten que se hallen las viejas, ni que les pidan socorro; porque, por el mismo caso, les parece que lo han de hacer al revés. Por de tan buen gusto lo tienen.

LICENCIADO.

En el reino de Biengo pasa eso; y no son solas las viejas las que excluyen de todas sus provincias, sino generalmente á todas las mujeres. Pero, señores, sea lo que fuere, vamos poco á poco, que hemos, si Dios fuere servido, de venir á ser viejos algún día, y habrá quien nos escupa á la cara como agora la escupimos nosotros á las viejas.

DON FRANCISCO.

Eso no, señor Licenciado: por vida de cuanto más quiero en esta vida, que si me pasase por la imaginación que viejo había de ser como una vieja, antes que allá llegase, me había de echar dentro de un pozo, de cabeza.

DON DIEGO.

No había yo menester hacer esa diligencia, que sólo al imaginarlo me causaría tan gran melancolía, que ella sola me bastaría á enterrar mil días antes que me viniesen las canas. ¿Qué tiene que ver el destrozo que en alma y cuerpo causa la edad en una vieja, con el que

causa en un viejo? Los viejos tienen años, pero no ascos. Si no, presento á las mismas mujeres por testigos. ¡Cuántos viejos hay limpios, aseados y de buena conversación, que es alegría verlos y tratarlos! Ahí está un tío de don Francisco, que tiene setenta y cuatro años: sus dientes, blancos y buenos, hace mal á un caballo, celebra un buen dicho y sábelo decir. Pues apostemos; y á quien me diere una vieja que llegue á setenta años y no fuere asquerosa, boquituerta, llena de babas, la boca y los ojos de arroje y de lagañas, y las entendederas calzadas al revés, sin que ate ni desate en cuanto hablase, quiero yo darle ambas orejas.

LICENCIADO.

No todos los viejos de la edad de su tío de vuesa merced estarán tan enteros ni serán en su trato tan apreciables y despiertos.

DON FRANCISCO.

Hartos conozco yo en Sevilla que sólo tienen de viejos los años y la prudencia. Si no, traslado á mi vecino Benito de Chinchilla. Bien lo conoce don Diego: llega casi á ochenta años; y no hay hombre en lo mejor de su edad que sea más agradable ni de mejor conversación. Yo me le suelo llevar algunas veces en coche, por sólo pasar bien una tarde. Este jueves pasado nos apeamos del coche junto á la puerta del osario, para hacer un poco de ejercicio. Y habiendo el buen viejo caminado un gran rato con el denuedo que yo, me dijo que nos sentásemos un poco; y con bonísima gracia, después de haber descansado, me comenzó á decir estas razones:—«Ora, señor don Francisco, enseñeme vuesa merced, pues me quiere bien, con quiénes, cómo y de qué he de tratar en esta edad: porque, juro á San Pedro, que he perdido la esgrima en esta parte. Si soy en mi trato viejo, como lo soy en los años, huyen de mí como del diablo, y si soy mozo, burlan de mí. Si trato con mozos, me llaman viejo verde; si con viejos, andamos siempre en porfias; y no soy señor de decir por entretenimiento una mentira que no me la saquen á la cara. Algunos ratos pienso en esto y casi me voy á amohinar. Pero consuélome luego con ver que estos duelos se recompensan con los bienes que por otra parte me ha acarreado la vejez; porque después que me voy metiendo á viejo, veo más, puedo más, mando más, orino más alto, y me siento mejor.» Yo entonces, como ha muchos días que conozco el buen gusto del hombre, entendí luego que tenían misterio estas palabras, por tretas; y roguéle que me declarase estas cinco comodidades do que gozaba después de entrado en edad.—«Yo se lo diré á vuesa merced, respondió el viejo. Veo más, porque antes, si vía un hombre, no vía más que á un hombre solo; pero agora, si no es que me pongo los anteojos, me parece que veo tres ó cuatro. Puedo más, porque antes saltaba de un caballo, dejando la silla en su lugar; pero agora me la traigo tras mí todas las veces que me apeo. Mando más, porque antes con una voz sola mandaba yo una cosa y se hacía, y agora es

menester que la mande seis veces para que venga á hacerse. Orino más alto, porque antes apenas me orinaba en los tobillos, y agora me orino en las rodillas. Y al fin me siento mejor, porque de mejor gana estoy sentado que en pie, como agora lo ve vuesa merced, que he deseado sentarme.» Refmonos un rato de la declaración; y dando y tomando en otras cosas, parte de burlas y parte de veras, pasé la tarde con él apacibilísimamente.

LICENCIADO.

Confieso que debe ser pieza de rey el buen Chinchilla, y que holgara yo harto de tratarle. Y no se puede negar sino que el seso y las fuerzas, á una mano, caducan en los hombres más tarde que en las mujeres. Pero volviendo á nuestra boda, señor Robles, ¿qué más pasó con la novia cuando salió del Sagrario?

CUARTO MIRÓN.

Aguardábala un coche que había pedido prestado á un vecino suyo. Y al ir á entrar en él estaba un poco de lodo; y para pasarle sin ensuciarse, puso una mano delante y otra detrás, levantando la saya á un mismo tiempo diciendo:—«¡Válgame Dios, qué sucio está todo esto!»—«¡Y cómo si está sucio!, dijo al momento una mujer; ¡con cien mil muladares!» Refmonos todos de la malicia, y fuéronse los novios á su casa.

DON FRANCISCO.

Esa verdad que dijo esa vieja, de milagro es una de cuatro verdades que, sin echar de ver en ello, dicen muy á menudo las mujeres. Otra es, queriendo encarecer lo que les duele la cabeza:—«Loca estoy; fuera me tiene de juicio este dolor»; y es sin duda el Evangelio de San Marcos, aunque no le doliera la cabeza. La tercera verdad es reñir con su marido una mujer sobre que vino á comer tarde, ó por otra niñería que no importa dos pajas, y en sentándose á la mesa, pónese rostrituerta sin querer probar bocado; y si le dice el marido:—«Comed, por vida mía, señora», responderá con hocico:—«Ya estoy harta; no tengo gana de comer»; y es la misma verdad, porque se había almorzado un torrezno y una escudilla abahada de sopas de la olla. La última verdad es tan verdad como las otras tres juntas: irse han marido y mujer reñidos á la cama; á la mañana, viendo que está ella despierta, dirá el:—«Doña Inés, volveos acá por vida mía»; y responderle ha ella con mucha gravedad:—«Sí, por cierto; no estaba agora pensando en otra cosa»; y es al pie de la letra, que sin quitar ni poner estaba pensando en lo mismo que su marido le dijo.

LICENCIADO.

Pues note vuesa merced que, como dijo al principio, esas cuatro verdades suelen decir las mujeres no echando de ver en que las dicen; que si las tuvieran por verdades, no las sacarían por la boca.

DON FRANCISCO.

No me descontenta la ponderacioncica, se-

ñor Licenciado. ¿Vuesa merced es el que defendía las viejas poco ha, y agora quiere que todas abarrisco no comuniquen verdad en cuanto dicen? Pues la faltilla es como quiera.

LICENCIADO.

Son encarecimientos con que los hombres, medio burlando, nos vengamos de los agravios que ellas nos hacen por momento. Así, señor Robles, ¿en esa boda hubo más que lo que vuesa merced nos ha referido hasta agora?

CUARTO MIRÓN.

No hubo más que esto, dejándolos ir; y volvimos á entrar en el Sagrario, para oír misa. Y mientras estábamos oyéndola, hincadas las rodillas, entraron no sé qué tantas mujeres por la iglesia, y poniéndose una tras de mí, sentí que me tiró del ferreruelo. Volví á ver lo que quería, y djome muy quedito:—«Señor, quítese de delante, que me estorba»; y yo la respondí, al mismo tono:—«Señora, quítese de detrás, que me impide.»

LICENCIADO.

Bobería es esa muy ordinaria en las mujeres; pero en verdad que entre los hombres son ordinarias también algunas boberías tan materiales como esa, en que caemos por horas sin reparar en ellas. Casi siempre que sentimos algún mal olor, ¿no andamos á buscarle con las narices?—«Mal huele aquí», cuando nos debíamos de tapar á piedra y lodo; si no, dígalo Briones, el ciego de la boda, de quien hablamos poco ha.

DON FRANCISCO.

Tiene vuesa merced razón, que hay boberías vinculadas á nuestro trato ordinario; y de puro comunes, de todos recibidas, no nos reímos de todas, oyéndolas los unos de los otros. Llamamos á una puerta; preguntánnos de dentro:—«¿Quién es?»; y respondemos:—«Sí es», en todo nuestro juicio; que es lo mismo que volver á llamar segunda vez á la puerta.

DON DIEGO.

Yo diré otra tan buena y tan común como esas. Caerá de lo alto; y alzamos luego los ojos, y preguntando:—«¿Quién echa tierra de arriba?», y habíamos de bajarlos, porque no nos cayese encima dellos.

LICENCIADO.

Ninguna de aquesas boberías es tan buena ni tan perjudicial como otra, introducida y recibida por toda la gente principal, sin reparar nadie en ella. Hace Su Majestad merced á un caballero de un hábito de Santiago ó de Alcántara, y al punto todos los deudos y amigos, á mí sobre tuya, le dan mil parabienes ó por escrito ó de palabra, como si ya tuviese el hábito en los pechos; y queda por hacer lo más esencial y peligroso, de que vemos que muchos centenares salen descalabrados. Es lo mismo que dar á una mujer, que está en los dolores del parto, el parabién del hijo, que aún no ha nacido ni sabemos si saldrá á luz vivo ó muerto.

Entra solo y turbado el QUINTO MIRÓN, VICENTE ZORRILLA.

QUINTO MIRÓN.

Á solas quisiera hablar con vuesa merced, señor Licenciado, sobre un negocio que importa.

LICENCIADO.

¿Qué secreto puede haber, señor Vicente Zorrilla, que no se puede fiar destes señores? Pero, ante todas cosas, dígame cómo se viene solo. ¿No le cupo hoy por compañero Quiñones?

QUINTO MIRÓN.

Eso es á lo que vengo: á darle á vuesa merced cuenta de una desgracia, porque nos dividimos.

LICENCIADO.

Habrán reñido los dos; el otro es grande y mal acondicionado, y el señor Zorrilla como el puño. A buen seguro que Quiñones haya tenido la culpa de que se hayan apartado.

QUINTO MIRÓN.

No hay tal, señor, ni por imaginación. Agora lo oirá vuesa merced. Cúponos á los dos, nunca ello nos cupiera, la collación de *Omnium Sanctorum*. Yo hice la resistencia que pude por no ir á este barrio, como que me decía el corazón: «No vayas á la feria, que te has de arrepentir»; pero Quiñones la escogió de su mano, y puso pies en pared que habíamos de ir allá. Y la causa de que trataba este arado, era que andaba picado el pobre mozo de una mozucla, hija de un boticario, que vive junto á una esquina, al dar la vuelta para el convento de Belén. Yo no sabía este misterio, hasta que él mismo, habiendo dado conmigo dos ó tres vueltas por la calle, me dijo claramente que prestase paciencia, porque él había de entretenerse por allí hasta que ella le viese ó se asomase á la ventana. Con esto, yo, que no quería cansarme, determiné de aguardarle sentándome en un poyo de una casa que está frontero de la botica. El, cuando se hubo hartado de dar vueltas calle arriba y calle abajo, arrimóse en pie á la misma esquina de casa del boticario. Caía sobre ella una azotea, y entre unas macetas estaba en el mismo pretil una calabaza romana, tamaño casi como una botija perlulera. Mirábala yo de hito en hito, maravillándome della, cuando vi que un hombre rubio, no sé si padre, si hermano de la moza, alzó con ambas manos la calabaza, que, como dije, estaba sobre el pretil del azotea, y poniéndose en el cantillo mismo, dejola caer á plomo desde arriba, y al punto se retiró para que no le viesen. La calabaza debía de estar podrida por debajo, con la humedad del pretil, porque, cayendo perpendicularmente sobre la cabeza de Quiñones, que estaba en la misma esquina, se la encajó hasta los hombros como si fuera un morrión. Yo, á todo esto, ni sé si estaba despierto ó si soñaba; porque ni reparé en lo que el hombre del azotea pretendía cuando tomó la calabaza en las manos, ni casi eché de ver lo que á mi compañero le había sucedido, hasta que, viéndole

bregando y dando saltos de acá para acullá para arrojar de la cabeza la negra calabaza, caída la capa por el suelo y dando unos bufidos de becerro, como debajo de una tumba, salí pidiendo socorro á los que pasaban por la calle, que ya se habían juntado no sé cuántos. Pero no habiendo visto lo que yo, mirábanle y no le socorrían, asombrados de ver aquella figura, y por ventura pensando que era algún humaracho destes días; hasta que, en fin, á mis voces fuimos todos á sacarle de aquel capacete la cabeza. Pero esto no fué tan presto que en quitándose la no se cayese amortecido. Y, sin duda, si tarda este socorro un credo, el hombre se ahoga dentro de aquella calabaza, porque mientras estuvo dentro della no fué posible respirar. Y así, cuando le hubimos limpiado de las pepitas y babas que le tenían embarrado todo el rostro, vimos que estaba con los ojos saltados y el color moreteado, como si hubieran dádole garrote. Volvió en sí, y llevámosle en brazos á casa de un Bermúdez, barbero, amigo de vuesa merced, que está allí junto. Acostámosle sobre una cama, medio muerto. Con todo eso me conoció al cabo de un rato; y lo primero que me dijo fué que avisase á vuesa merced cómo quedaba muy malo; pero él ni sabe de qué, ni lo que le ha sucedido, ni lo sabrá jamás, si yo no se lo cuento.

LICENCIADO.

El caso, por una parte, es bien ridículo, pero por otra es bien para llorar, porque era cosa muy fácil cortarle la vida.

QUINTO MIRÓN.

Véale vuesa merced; y por ventura no será el daño tan grande, ó al menos aliviará con su vista.

LICENCIADO.

¿Y cómo si le verá! Luego, al punto. ¿Quiere venir conmigo alguno?

DON FRANCISCO.

Todos iremos, y yo el primero de todos, tanto por consolar al enfermo como por ver la calabaza.

QUINTO MIRÓN.

Esa no verán más vuestas mercedes, porque á estas horas no ha quedado pelo ni hueso della.

DON DIEGO.

Pues ¿qué se hizo della?

QUINTO MIRÓN.

Es cuento largo; después de visitar al enfermo se lo diré á vuestas mercedes. Y á fe que es tan notable como el que acaban de oír; aunque en verdad que hago mal en dilatarlo, porque han de encontrar vuestas mercedes mucha gente, que estará todavía por allí, y cada uno lo contará de su manera; y será bien que lleven vuestas mercedes sabida la verdad.

LICENCIADO.

Cuéntelo brevemente, por su vida, porque no perdamos tiempo.

QUINTO MIRÓN.

Quando salí de casa del barbero para venir acá, hallé que se habían juntado en remolino más de cincuenta personas delante de la botica: hombres, mujeres y muchachos, puestos todos en rueda, y en medio la calabaza en el suelo, mirándola con asombro. Llegué á escuchar lo que decían, y oí que un viejo carpintero, vecino del boticario, decía á voces: «Señores míos, este mozuelo galancete ha muchos días que escandaliza estos barrios; yo sé bien sus intentos y la ruín intención con que rondaba esta calle. Dios, milagrosamente, le ha enviado este castigo del cielo.» — No hubo menester oír más que ésto, un fraile bacinilla, muy gran alharquiento, que todos conocemos, cuando, abrazándose con la calabaza, se subió sobre un pino que estaba tendido en la calle, y comenzó á dar vil gritos: — «Cristiano, no es esta calabaza como las otras calabazas. Dios, de su mano, la ha enviado para castigo deste pecador. Miradla como reliquia y temblad de los juicios divinos. De aquí me quiero ir derecho á casa de un platero devoto de mi Orden, que me guarnezca esta gloriosa calabaza, para colgarla delante del altar mayor de mi convento, junto á la lámpara de plata. Pueblo cristiano, todos me den sus limosnas para ayuda á garantizar esta reliquia.» — No hubo mentado «reliquia» esta segunda vez, cuando una vieja salió de través, diciendo á voces: — «¡Ay, padre de mi alma, déme tantica de esta reliquia de calabaza, por las entrañas de Dios, que me dará la vida para sanar de mis achaques!» Tras la vieja llegaron otra infinidad de mujeres, y tras ellas gran multitud de muchachos y de pícaros, y aun de hombres de capa negra; y por tener parte en la bendita calabaza, unos sobre otros dan con nuestro fraile en el suelo, y en un momento á puñadas arrebató cada uno della lo que pudo, sin que quedase della ni un pedacico tamaño. Fué mucho que no ahogasen al fraile los que cayeron sobre él. Pero salió á cabo de rato, pateado, lleno de lodo el hábito y la cara, y sin la bacinilla, que con la imagen y con todo el dinero que había en ella, no pareció viva ni muerta.

LICENCIADO.

Pues ¿cómo, señor Vicente? ¿Eso quería dejar para después? En mi conciencia, que es lo mejor de la historia. Vamos, señores, antes que sea más tarde; pero quede aquí alguno que entretenga á los demás cofrades como fueren viniendo, y les diga que luego daré la vuelta. Señor Robles, por hacerme merced quédese vuesa merced.

CUARTO MIRÓN.

Si quedará por cierto, por mandármelo vuesa merced; pero también mande vuesa merced que Vicente Zorrilla quede aquí, para que yo no esté solo, y para que después me guíe á ver al enfermo; que no sé la casa del barbero, adonde dice que está.

LICENCIADO.

Señor Vicente, amigos viejos son, quédense

juntos; mas no se den matraca como suelen, y suceda lo que el otro día me dicen que sucedió.

CUARTO MIRÓN.

Ven acá, Vicentillo, ahora que estamos solos. ¿Oíste lo que dijo el Licenciado? Bien sé por qué lo dijo. Basta que te andas preciando de que me diste una matraca el otro día con que me quedé hecho una mona; pues mico, ¿no te meto yo en un zapato todas las veces que quiero?

QUINTO MIRÓN.

¡Gran hazaña, por cierto, meterme en un zapato de los suyos! Si cabemos dentro otros catorce como yo...

CUARTO MIRÓN.

He aquí su tema ordinario: dar tras mis pies. Téngolos grandes, ¿qué quieres? Crecieronme de un enojo.

QUINTO MIRÓN.

¿No más que grandes, señor Robles? Pues en verdad que si fueran de comer, pudieran dar abasto á un rastro entero, en un sábado. No son grandes, sino grandísimos. Si no dígalos su zapatero, que el otro día, cuando le pidió vuesa merced que le hiciese una horma, pues que no eran de provecho las que tenía en la tienda, me dijo, en volviendo vuesa merced la cabeza, cayéndose de risa: — «Hágale el diablo la horma; ha menester para ella un pino de Sigura.»

CUARTO MIRÓN.

Basta, que le entretienen unos pies; hágame sobre ellos una copla como la que hizo el otro día sobre la nariz de Rebolledo.

QUINTO MIRÓN.

Hágasela vuesa merced, que tiene en casa pies para hacer un cancionero tan alto.

CUARTO MIRÓN.

Chisquirivís, ¿qué está mirándome á los pies?

QUINTO MIRÓN.

¿Sabe lo que estaba pensando, señor Robles? Que es el hombre de más fuerzas que hay en España.

CUARTO MIRÓN.

Títtere, ¿en qué lo echa de ver?

QUINTO MIRÓN.

¿En qué? En que con una pierna sola alza ese pie, que si lo suelta de la pierna no bastarían á menearle catorce yuntas de bueyes.

CUARTO MIRÓN.

Vete de ahí, merdosillo, que en cuanto dices no tienes pies ni cabeza.

QUINTO MIRÓN.

Eso no se podrá decir de vuesa merced con verdad, que, aunque le falta cabeza, tiene pies para cien mil pepitorias. — ¡Ay! ¿Qué ruido es aqueste? Que me maten si no es aquella dan-

cilla de los niños que se imponía antes de ayer en casa del Veinticuatro, mi vecino.

CUARTO MIRÓN.

Ella es sin duda, y tú no entrarás en ella.

QUINTO MIRÓN.

Agora lo verá.

(Dice esto quitándose la capa y andando en la danza.)

43

XXXIV.—Entremés de Doña Justina y Calahorra.¹

FIGURAS:

JUSTINA.	MATANGA.
CLARA.	GÓMEZ.
CALAHORRA.	SALVATIERRA.

Salen CLARA y JUSTINA.

JUSTINA.

No se puede vivir en este mundo.
¿Mi marido anda en eso? Por el siglo de aquella que me hizo y de mi padre, que he de tomar venganza temeraria.

CLARA.

Si yo entendiera que con tanta pena tomárais las nuevas que os he dado, cosiérame la boca treinta veces.

JUSTINA.

¿Un viejo ya caduco se enamora?
¿Un hombre (que es vergüenza que lo diga) con mil enfermedades exquisitas?
¿Y dice dos² requiebros y os ofrece mis joyas, mis cadenas y vestidos!

CLARA.

Justina, no os den pena esas locuras. Sabed que es frenesí de algunos viejos, que son como las hierbas del otoño, que yéndose á secar, pimpollos brotan. Mucho tienen de huerto tales hombres: la cola verde y la cabeza blanca. El me ha mirado tierno quince días, y al cabo dellos me escribió una carta; tras ella vino á hablarme, muy ufano con pluma, con broquel y con espada; también trujo dos músicos del conde, y aun dijo que la letra que cantaban era suya también.

JUSTINA.

¿Hay tal bellaco?

Pero porque entendáis que no soy sola la que en su casa tiene estas fantasmas, aunque al principio no pensé decirlo, sabed que vos tenéis vuestros achaques; y que vuestro marido habrá seis días

que envió á decir que le tuviese en posesión de esclavo, porque había más de un año que andaba por los aires, por no sé qué desprecios y donaires.

CLARA.

¿Mi marido, Justina?

JUSTINA.

Lo que os cuento.

CLARA.

¿Aquel rancioso?

JUSTINA.

Aquel rancioso, el mismo.

CLARA.

Aquella estatua, ¿ahora ha dado en eso?

JUSTINA.

¿No ha hecho guarnecer las martingalas, y puesto en la ropilla faldriguera, como usan agora los galanes?
¿De adónde saca el viejo los antojos?

CLARA.

¿Hay insolencia igual? ¿Hay desatino que se pueda igualar al destos viejos? Pues plega á Dios...

JUSTINA.

No jures, Clara, tente, que son retoños destos secos árboles. ¿De qué te afliges? Pues los asnos viejos rebuznan viendo el prado desde lejos.

CLARA.

No me quiero matar, vengarme quiero. Tratemos como sea, mi Justina; igual es el agravio, y justa causa también será lo sea la venganza. Tú tienes un hermano muy honrado; yo tengo el que tú sabes; ellos sépanlo; y hagamos de manera que les quiten el amor á estos viejos de Susana, que, haciendo dos mil faltas cada día, presumen de suplir ajenas faltas.

JUSTINA.

Paréceme que son nuestros maridos enfermos con hastío, que les huele mejor lo que se guisa en otras casas. ¡Ay, Dios!, ¡y qué ocasiones eran estas para que no mirara obligaciones!... ¿Mas cómo te parece que vengamos en aquestas fantasmas los agravios?

CLARA.

Haciéndolos venir á que nos vean disfrazados los dos, de tal manera que el uno con el otro se requiebren.

JUSTINA.

Paréceme muy bien; tu viejo es éste. Escóndete y verás lo que le digo. Y lo mismo harás tú con el mío.

CLARA.

Hoy nos han de pagar su desvarío.

(Escóndese CLARA, y sale CALAHORRA, de vejete, graciosa-mente vestido.)

CALAHORRA.

No estuvo Tito Livio tan perdido por Mariana de Sellén su esposa, ni Cicerón por su Medusa hermosa, ni Peranzules por la bella Dido; ni Muza por Elena más perdido, ni Paris por doña Ana de Hinojosa; ni Durandarte por la bella Diosa, que, para nuestro mal, parió Cupido, como me siento yo por mi Justina, hermosa más que Orlando y Oliveros, más discreta que nabos y cecina. Convierte, amor, tus ayes en silgueros, que si á mis ruegos su nobleza inclina, colgaré de tu templo dos bragueros.

JUSTINA.

¡Oh, mi señor Calahorra!

CALAHORRA.

¡Oh más bella para mí que para veintiséis años las mañanitas de Abril.

JUSTINA.

Si vuesa merced tuviera lo que dice, desde aquí yo me entregara por suya.

CALAHORRA.

¿Pues tengo más?

JUSTINA.

Tiene mil.

CALAHORRA.

Por vida de Calahorra, que el día de San Crispín hice veintiséis.

JUSTINA.

Doblados.

CALAHORRA.

¡Jesús! ¿Tal pensáis de mí?

JUSTINA.

¿No ve que está blanco todo?

CALAHORRA.

Pues ¿qué importa? Así nació. ¿No ha visto rocines blancos? Pues yo soy blanco rocín.

JUSTINA.

Sepa que le quiero bien: que á muchos oigo decir que parece bien un viejo que regala y honra, al fin. Que un mozo siempre es ingrato: piensa que le han de servir por sus ojos y sus galas, y aquello de espadachín. Más me agrada á mí esa cara que del mozo más gentil, cuanto es mejor un Catón que un pisaverde Amadís. Hoy venga vuesa merced (pues hoy me quiero rendir

á servirle), con un manto, que á mi honor conviene así: pues pensando que es mujer, juntos nos podemos ir adonde le diera gusto.

CALAHORRA.

¿Cuál Orlando, cuál París, cuál Fierabrás, cuál Gaiferos, cuál encantador Merlín, cuál Virgilio ni Plutarco dieron tan alto matiz á sus dulces pensamientos? Yo me parto, serafín, y volveré, con un manto disfrazado, á recibir las mercedes de esa boca, más dulce que un albanil.

JUSTINA.

Adiós, mi Matusalén.

CALAHORRA.

¿No hay guante ni cenogil que pueda llevar por prenda?

JUSTINA.

Este listón, mi arlequín, que soy tuya.

CALAHORRA.

¡Mi regalo!...

¿Pero yo?...

JUSTINA.

¡Mi regaliz!

(Vase CALAHORRA y sale CLARA.)

CLARA.

Ya tenía perdida la paciencia.

JUSTINA.

¿Qué te parece desto?

CLARA.

Ya lo entiendo:

tú quieres que en viniendo con el manto se descubra la burla, y que le sirva de castigo y vergüenza.

JUSTINA.

Por tu vida,

que lo mismo que piensas he pensado.

CLARA.

¿Hay tal ventura?...¹
El tuyo viene aquí.

JUSTINA.

Pues yo me escondo.

Haz lo mismo con él.

CLARA.

Eso quería, y de tu burla retratar la mía.

(Vase JUSTINA y sale MATANGA.)

¹ En el original está incompleto el verso.

¹ Impreso por D. A. de Castro en su libro *Varias obras inéditas de Cervantes*. Madrid, 1874.

² Así en la edición de Castro, pero acaso el original dijese os; á lo menos hace mejor sentido con este pronombre.

MATANGA.

Clara, más clara que del claro Oriente
el alba, cuando sale enjabelgada
de color de papeles de Granada,
y llena del gran turco barba y frente.
Ojos, como los ojos de una puente;
niñas, donde el amor tiene posada
con más mezcla de verde que ensalada,
y recato en mirar que un delincuente.
A ser pavo, te diera mi pechuga;
si fuera sacristán, el campanario,
y si fuera cantor, alguna fuga.
A ser cura, te diera el calendario;
y si fuera pollino, la jamuga;
el almirez, si fuera boticario:
si fuera comisario, también diera,
señora, hasta misma comisura:
almirez, sacristán, cantor y cura,
calendario, pollino y campanario,
pavo, pechuga, fuga y boticario.

CLARA.

Al dulce són de versos tan perversos,
¿qué duro entendimiento no repara?

MATANGA.

¡Oh, clarísima Clara, perfectísima;
superlativa Clara, hermosa y bella!
Si tuviera yo aquí la vena esdrújula
del poeta más alto y más tipógrafo,
invocara las musas y aun los musos,
aunque me dicen que se van á Italia;
é hiciera en tu alabanza dos mil décimas,
con envidia de tantos alguaciles.

CLARA.

Hable quedito; mire que le quiero
hablar aquesta noche disfrazada.

MATANGA.

¡Disfrazada! Por vida de Matanga,
que ha de haber caballito y cascabeles.

CLARA.

Oiga, que no ha de ser de esa manera.

MATANGA.

¿Pues cómo?

CLARA.

Con un manto de medio ojo.

MATANGA.

¡Guarte! ¿Hay negro?

CLARA.

¿Deso toma enojo?

MATANGA.

¿Tan pequeño el peligro le parece
si llega algún bellaco desbocado,
y viendo la figura por la pinta,
al primer mojicón me pone en cinta?

CLARA.

¿Él es el valeroso, el que decía
que haría por mi amor?...

MATANGA.

Quedo; no quiero

que me tenga por hombre pusilámine.
Vendré con manto; y si su gusto fuese,
vendré con una albarda.

CLARA.

Aquí te aguardo
con otro manto, porque vamos juntos
donde hablemos un rato.

MATANGA.

Amor, esfuérmame.
Venus, dame tus pistos y almendradas,
porque pueda cumplir tantas fanfarrias,
á pesar de mis años y estangurrias.

(Váse MATANGA y sale JUSTINA.)

CLARA.

Esto queda en buen punto.

JUSTINA.

Pues, hermana,
á nuestros dos hermanos demos cuenta
para que en la venganza nos ayuden.
Vamos; que son amigos y andan juntos
y salen pocas veces desta calle,
porque sirven dos mozas como un oro.

CLARA.

Vos me la pagaréis, si no me muero.

JUSTINA.

No ha de quedar astilla en el braguero.

(Vánse, y sale CALAHORRA con manto, tapado de medio ojo.)

CALAHORRA.

Amor, amor: por ti me hiciera brujo,
serpiente, alforja, víbora y fantasma;
á pesar de mi tos, ijada y asma;
aunque me diesen cámaras y pujo.

El corazón en tu alquitara estrujo,
que por Justina el alma se me pasma:
que sólo su servicio y cataplasma
pueden curar mi pujo con pandujo.

Por ella voy en forma femenina
y urraca me volví, siendo mochuelo,
á peligro de ser novia ó madrina.

Que sólo el artificio de Juanelo
puede ser de mi ijada medicina
y de mi tos el dulce caramelo.

Sale MATANGA, de la misma forma.

MATANGA.

Amor transformativo, amor sutil,
que harás de un alpargate un albañal,
¿dónde me llevas en peligro tal,
que es el menor topar un alguacil?
¿Por qué me has puesto en ocasión tan vil,
que viniendo á buscar su delantal,
me tope algún lacayo criminal,
creyendo que soy pasto concejil?
Amor enredador, amor cruel:
fuego con quien no vale el guardasol,
más loco y desigual que Zapardiel.

Genízaro de turca y de español,
¿cuánto va que por ti ningún trainel
me lleva por las ventas de Buñol;
ó como, á doña Elvira y doña Sol,

las dos hijas del Cid,
los condes de Carrión y de Gandul,¹
me ponen el rabel, cual lino azul?

CALAHORRA.

Sin duda es ésta Justina.

MATANGA.

Sin duda que es ésta Clara.

(Hácese señas con la cabeza.)

CALAHORRA.

Rebozarme quiero el rostro
y llegar á requiebrarla.

MATANGA.

Quiero cubrirme muy bien.
Con la cabeza me llama.
Pues ¿qué dudo? Llegaré.
¡Ah, mis ojos!

CALAHORRA.

¡Ah, mi alma!

MATANGA.

¿Tal ventura?

CALAHORRA.

¿Tanto bien?

MATANGA.

¿Tanto favor, mi Daraja?

CALAHORRA.

¡Ay dichoso Calahorra!

MATANGA.

¡Ay venturoso Matanga!

Salen JUSTINA y CLARA, con mantos, y GÓMEZ y SALVATIERRA.

GÓMEZ.

Sin duda que son aquéllos.

JUSTINA.

Ellos son.

SALVATIERRA.

Un poco aguarda.

JUSTINA.

¿Pues no lo ven en los bajos?

SALVATIERRA.

Espantosos puntos calzan.

GÓMEZ.

A requiebrar voy el uno.

SALVATIERRA.

Yo al otro.

GÓMEZ.

Hermosa dama,
¿quiere su buena cortesía
escucharme dos palabras?

CALAHORRA.

¿No ve que somos doncellas?

¹ Así están en el original estos dos versos. Castro, en su impresión, enmendólos de esta manera:

«las dos hijas del Cid, en su rabel,
los condes de Carrión, los de Gandul.»

¡Jesús! Téngase. ¿A la fraila,
á la niña, á la menina,
á la santa, á la beata?
¿Qué es aquesto?
¡Ay, qué mal hombre!

GÓMEZ.

Por mi vida, que es honrada...
Pues mire que la conozco,
y que ha muy pocas mañanas
que estaba en aquella esquina
cogiendo puntos á calzas.

CALAHORRA.

¿A mí?

GÓMEZ.

A ella.

CALAHORRA.

Tentación. (Tírale una coz.)

GÓMEZ.

¿Coces tira?

CALAHORRA.

He sido haca,
y salgo de verde agora.

GÓMEZ.

Buen remedio: espuela y vara.

SALVATIERRA.

Vuesa merced, mi señora,
¿no me habla?

MATANGA.

Estoy muy mala.

SALVATIERRA.

¿Qué tiene?

MATANGA.

Un gran desconcierto

No se acerque.

SALVATIERRA.

¡Linda gracia!

¿Dónde va vuesa merced?

MATANGA.

Tomo acero estas mañanas,
que estoy muy opiladita.

SALVATIERRA.

Debe de hacerse preñada.
¿Tiene antojos?

MATANGA.

¡Oste, puto!

SALVATIERRA.

¿Qué dice?

MATANGA.

¡Guarda la cara!

SALVATIERRA.

Ese puto no es de tiple,
¡juro á Cristo!

GÓMEZ.

Las dos caras
nos han de descubrir luego.